



En la Kasbah del jefe del poblado cerca de Igdaoum

de carne, llamándome mucho la atención que tienen a los pollos vivos de tal manera que cuando quieres uno tras elegirlo te lo matan en el acto y lo despluman allí mismo, más fresco imposible. También es curioso que el sistema de transporte en el interior de la medina es mediante borriquillos y mulos, pudiendo verse perfectamente el burro del butano cargado hasta los topes de bombonas sin problemas y también el sistema de carritos tirados por un hombre, al ser tan estrechas las calles que no permiten el paso de vehículos a motor, lo cual hace que uno se transporte realmente al pasado y le apetezca perderse (lo cual no es nada difícil) por sus calles. Visitamos las bellas madrasas de Bou Inania y de Attarine, y, por fuera, las mezquitas de los andaluces y la de Karaoyuin al no poder entrar al ser "infieles". Toda la medina es un laberinto de color, donde cada zona es de un gremio y hay mucha gente trabajando como se hacía en el pasado en nuestro país, siendo muy interesante ver a los caldereros y a los tintoreros en las tenerías en la parte inferior de la ciudad donde aun se tiñen las pieles a la vieja usanza metiéndose los obreros en las tinas de tinte junto a las pieles, lo cual hace apreciar el duro trabajo al que están sometidos estas personas. Alrededor de las tenerías hay numerosas tiendas y puestos de marroquinería y prendas de cuero.

Comimos en un magnífico palacete, restaurante y hotel, y seguimos camino hasta Ifrane, estación de esquí con construcciones de tipo europeo que hacen pensar que estamos más en Suiza que en Marruecos, allí bajo un fuerte aguacero proseguimos camino convirtiéndose pronto en nevada, teniendo la suerte de ver el alto Atlas nevado, lo cual es un privilegio para la vista, ya que ello dio lugar a espectaculares paisajes una vez que mejoró el tiempo. Llegamos ya de noche a Mildet cenando en el hotel Taddart 4*.

El día 6 seguimos camino hacia el sur, tras haber cruzado la divisoria del Atlas por el puerto de la camella, todo controlado por fortines tanto antiguos como de la época de dominación francesa. El mal tiempo había quedado en la vertiente opuesta de las montañas, que con sus 3000 metros frenaban las nubes. A partir de ahora el aumento de la temperatura sería considerable. Magníficos paisajes con grandes planicies interrumpidas bruscamente por verdaderas paredes de roca de cientos de metros, con una claridad de la atmósfera que nos da la posibilidad de ver lo que hay a grandes distancias nítidamente.

Tras pasar por el túnel del legionario, construido por los franceses en la garganta del Ziz, llegamos a la ciudad de Er Rachidia, importante base del ejército marroquí con gran cantidad de soldados y material por todas partes y, poco después, al gran palmeral encajonado entre barrancos, lleno de pequeñas huertecillas a la sombra de las pal-

meras, con cazes de agua tal y como eran todos ellos antiguamente y con gran trasiego de labriegos de un lado a otro. Continuando por la vega del río Ziz, rodeada de multitud de kasbas y ksars en diferentes estados de conservación paramos en Ksar Maadi, sitio poco turístico, restaurado con ayuda española para consolidar lo que queda en pie, donde la gente sigue viviendo como antiguamente, y que visitamos por dentro haciendo el circuito de su perímetro interior.

Seguimos a ver el emplazamiento donde estuvo la antigua ciudad de Sigilmassa, hoy arrasada y cubierta de arenas, junto a la cual está Risani, actual capital de la región del Tafilate, donde visitamos su kasba y la tumba de Mulay Ali Cherif junto al centro de estudios alauitas, pues aquí surgió la dinastía. Sigilmassa fue un importante centro caravanero en su día del que partían oro y esclavos del sur hacia todas partes. ¡Es increíble que no quede nada hoy día de ella!. Por la tarde, tras visitar un taller local donde hacían objetos de adorno y muebles con los fósiles que por allí abundan, fuimos en vehículos todoterreno a las dunas de Merzouga, tras vadear el Ziz crecido por las lluvias, comprobando que a veces también hay agua (y mucha) en el desierto que aquí comienza ya hacia el sur. Tras la experiencia de subir en dromedario hasta la cima de una de las dunas más altas y ver desde allí el ocaso regresamos al hotel Kasba Chergui.

A la mañana siguiente, con las primeras luces, salimos en 4x4 hacia las gargantas del río Todra. Espectaculares paisajes por el camino en la llanura, cuya hamada está salpicada de pequeños palmerales que son auténticos oasis, alimentados por foggaras que llevan la escasa y preciada agua que hay por allí hasta los cultivos, haciendo que veamos uno de los mejores paisajes de todo el viaje.

Llegamos a Tinehir viendo a lo lejos la kasbah de los Glaoui y lo crecido que bajaba el río por las últimas lluvias y nevadas que se han llevado por delante la pista que pensábamos seguir para llegar hasta la garganta del Dadés. Nos internamos en la estrecha garganta del Todra siguiendo el sinuoso desfiladero de altos paredones que ha creado el curso del río. El sitio es impresionante con estrechos pasos entre las rocas que se van convirtiendo en grandes barrancos a medida que se va ascendiendo el río hasta Tamtatouche, donde dimos la vuelta por el problema que ha ocurrido con la pista, volviendo a coger la carretera principal hasta Boulmane donde nos internamos en las gargantas del río Dadés, siendo estas también muy bonitas y con extrañas formaciones geológicas que las hacen realmente exóticas llegando hasta Timzillite donde paramos en un bonito hotel con magníficas vistas sobre el entorno, para después volver a darnos la vuelta al no poder seguir por el camino pensado, parando a comer en un restaurante de Boulmane, con una bonita vista, desde el que se veía pasar el río con la gran crecida por las lluvias. Ambos desfiladeros son sitios salpicados de pueblecillos con sus kasbahs que hacen que los paisajes sean realmente bonitos y pintorescos. De allí, continuamos hacia Ouarzazate, parándonos a tomar un té en la kasbah Ben Moro hoy hotel bien acondicionado, con bonita vista sobre un gran palmeral, pasando por El Kelaa M Gouna donde, tras un paseo por las callejuelas de un pueblo cercano y sus huertas, llegamos a las ruinas de la kasbah que protegía el paso del río, pudiendo allí ver perfectamente como es la estructura de las torres y cimentación de estas y los muros a base de grandes piedras de pedernal mezcladas